

la herejía. De vuelta á Annecy, desempeñó todas las funciones episcopales durante la ausencia del Obispo, estableció un seminario (1), y fundó en Thonon la Santa-Casa, donde se encontraban diferentes manufacturas y un almacén de géneros, para impedir á los habitantes de la ciudad y de los lugares vecinos el comercio con los Ginebrinos; porque no ignoraba cuán peligroso es para la salvacion el trato con los impíos.

XXIV. »La constancia del siervo de Dios fué sometida á nuevas pruebas. El enemigo de que habla el Evangelio, el sembrador de cizaña, habia escitado la guerra entre la Francia y la Saboya. Los Ginebrinos quisieron aprovecharse de esta conjuracion en favor de la herejía, con el pretexto de socorrer á la Francia; se apoderaron del Chablais y del bailiage de Ternier, lanzaron á los curas católicos, y enviaron predicadores de la secta de Calvino á los lugares y castillos vecinos, para sembrar por todas partes el veneno del error y arrancar el buen grano de la verdad católica.

XXV. »No bien lo supo Francisco, cuando acordándose de aquellas palabras del rey profeta: *Aunque vea ejércitos enteros levantarse contra mí, mi corazón no temerá; en lo mas fuerte del combate, mi confianza en Dios será inalterable*, se arrojó con el valor que inspira la religion en medio de los campos, le detuvieron, y siguiendo el uso de la guerra le condujeron al comandante Sr. de Vitry, capitán de guardias del rey. Fué recibido con las mayores muestras de honor, y restituido con reales órdenes que impedían innovar nada en materia de religion, y mandaban que en todos los lugares donde se habian hecho innovaciones, fuera todo restablecido al estado en que estaba antes.

XXVI. »No contento con esta victoria que reparaba las pérdidas de la religion, alcanzó otra que enriqueció á la

(1) Lo que el Papa llama aquí seminario no era mas que un seminario en germen, que se componia de siete niños de coro. (Véase t. I, p. 365.)

religion á espensas de la herejía, porque como el país de Gex era del dominio de la Francia, se presentó al rey en París, y obtuvo de él despachos que le permitian predicar en este país las verdades católicas, y predicó con tanta gracia y eficacia, que convirtió gran número de herejes.

XXVII. »Tenia una elocuencia á la que era difícil resistir, y que la santidad é inocencia de su corazón le habian merecido del cielo; por lo que el rey cristianísimo no encontraba á nadie mas capaz que á Francisco para ganar el corazón de Jacobo I, rey de Inglaterra, y someterle al yugo de la verdadera fe; y Paulo V, nuestro predecesor de feliz memoria, le delegó algunos años despues, para terminar como árbitro las diferencias que se habian suscitado entre el Archiduque Alberto, la Archiduquesa Clara Eugenia y el clero del Franco-Condado.

XXVIII. »Pero aunque su celo por los intereses de la Iglesia fuera muy ardiente, estaba sin embargo contenido durante su coadjutoría, de un lado por la autoridad de su padre, que le llamaba sin cesar á cuidados domésticos, y del otro por el respeto debido á su Obispo, temiendo parecer que queria mezclarse en sus acciones. La muerte de ambos le dejó en plena libertad para seguir los impulsos de su caridad, é ir á todas las partes á donde le llevaba su piedad.

XXIX. »Gozando pues de la plenitud de su autoridad, llenó en toda su estension las funciones de un Obispo. Se le vió poner á cubierto su rebaño del diente asesino de los libertinos y de los herejes, habituados á tender, como los lobos, emboscadas á las ovejas; se le vió publicar santas ordenanzas para establecer el buen orden en el clero, hacer vivir de una manera piadosa y edificante á los que componian su casa, proponerse por modelo á los santos Padres y los mas respetables Obispos de la antigüedad, tener sínodos, restablecer las antiguas leyes de la disciplina eclesiástica ó hacer otras nuevas, y sobre todo trabajar sin descanso en conservar la religion católica en toda su pureza, tanto formando las costumbres de los ca-

tólicos, como refutando los errores de los herejes y haciendo volver al rebaño de Jesucristo á las ovejas descarriadas.

XXX. »Por esto, y sobre todo por haber hecho entrar en el seno de la Iglesia á dos caballeros del pais de Gex, animó de tal suerte contra él á los ministros calvinistas, que impulsados por la rabia y el furor le hicieron envenenar; pero no murió, por un efecto de la proteccion de la Santísima Virgen, á quien se encomendó.

XXXI. »Un peligro tan grande, lejos de entibiar su celo, no hizo sino animarle mas que nunca á trabajar en el ministerio de la divina palabra. Sus predicaciones obtuvieron en Dijon, en Grenoble, en París y en otros lugares gloriosas conquistas para la fe católica, convirtiendo entre otros á Claudio Boucart, profesor público de teología en Lausanne; á Francisco, Duque de Salignieres, virey del Delfinado; y á Barbier y Jacobo Filipo, célebres ministros de la secta de Calvino.

XXXII. »Y para no dejar, con relacion á sus predicaciones, ningun motivo que pudiera hacer dudar de la pureza de sus intenciones, rehusó generosamente todo el dinero que le fué ofrecido como estipendio ó testimonio de amistad, aun de los mismos príncipes, hasta el punto de que habiéndole rogado la Duquesa de Longueville aceptara una bolsa llena de oro, le contestó que queria dar gratuitamente lo que graciosamente habia recibido, y que no queria mas recompensa por la predicacion evangélica que el salario precioso ofrecido por el dueño de la viña á los obreros que la cultivan.

XXXIII. »Se sabe que siendo gran limosnero de Cristina, Duquesa de Saboya, se contentó con llevar el título de esta dignidad, y rehusó siempre con gran modestia la pension que le correspondia; y que habiéndole esta princesa hecho presente de un diamante de gran precio, de valor de quinientos escudos, lo destinó á los pobres diciendo: *Esto será bueno para nuestros pobres de Annecy.*

XXXIV. »Pero su constancia debia ser puesta á mas

rudas pruebas, para que así brillara mas la grandeza de su fe. Dos cosas sobre todo son propias para hacer vacilar la fe, y son la pérdida y la ganancia. Pero en vano el demonio hizo brillar la una y la otra á los ojos de Francisco, pues su fe, bien lejos de sufrir el menor ataque, recibió con ello un nuevo lustre.

XXXV. »El rey de Francia le hizo saber que su intencion era que se dirigiera al pais de Gex para conferenciar allí con el Baron de Luz, que gobernaba en nombre del rey el ducado de Borgoña, sobre los medios de restablecer en este pais el ejercicio público de la religion católica. El Ródano, que era preciso atravesar para ir á Gex, estaba entonces tan crecido con las lluvias, que no se podía pasar en barca sin un peligro evidente de perder la vida. Habia un puente en Ginebra, pero era necesario atravesar esta ciudad, y esto es lo que Francisco hizo con intrepidez, sin estar provisto de mas armas que la oracion, sin dejar sus vestidos de Obispo y sin ocultar su nombre.

XXXVI. »Despues de haber permanecido una hora en Ginebra, llegó felizmente á Gex. Algunos hombres impíos, para entorpecer los asuntos de la religion que le habian llevado allí, le acusaron á la corte de Saboya, por haber emprendido este viaje, para entrar en tratos con el rey de Francia, y hacerle entrega de sus derechos sobre la ciudad de Ginebra. Al principio se desechó esta calumnia, pero luego encontró crédito en el ánimo del senado, que bien fuera por castigar, ó bien por intimidar al Obispo, dió una sentencia que declaraba sus bienes confiscados en provecho del príncipe.

XXXVII. »Francisco, sin alterarse, contestó que se engañaban creyendo que esta sentencia le perjudicaba, pues él solo la miraba como un aviso que Dios le daba de ser todo espiritual, porque ya no tendria nada temporal. El senado, conmovido con estas palabras, le pidió perdon y le devolvió los bienes, porque es ley de Dios que la fe hace al hombre mas respetable, á medida que sufre por ella.

XXXVIII. »Si Francisco fue insensible al temor de las

pérdidas, no lo fue menos á los atractivos de las ganancias, aunque ocultos bajo el especioso velo del bien. Rehusó la dignidad de coadjutor de París que se le ofrecia, alegándole que una renta mas considerable le pondria fuera de la necesidad, dando por razon de su renuncia estas palabras de la Escritura: *El Señor me gobierna; no me deja carecer de nada; El es el que me ha colocado en el lugar de pastor donde estoy.*

XXXIX. »No es de admirar que Francisco, que habia establecido tan sólidamente el cimiento de la fe, haya levantado hasta la cimá de la perfeccion un completo edificio de santidad adornado con todas las virtudes, y que la Iglesia no vacile en tributar con un consentimiento unánime, á un hombre tan grande, los honores y las prerogativas de los santos.

XL. »Tenia un amor tierno y compasivo hácia los pobres, llevaba siempre consigo una lista de ellos, y procuraba sobre todo reconocer á los pobres vergonzantes. Sóbrio en su alimento, sencillo en sus vestidos, se privaba severamente á sí mismo de toda superfluidad, á fin de mantenerse en una santa economía, y tener mas con que aliviar las miserias de los pobres; porque el carácter de la verdadera caridad es privarse á sí mismo para poder dar mas á los otros.

XLI. »Enviaba á los pobres los manjares que servian á su mesa, se despojaba de sus vestidos interiores y hasta de la camisa para cubrirlos, empeñaba su vajilla de plata, sus candeleros, sus vinajeras y hasta su anillo pastoral, para socorrer á las necesidades de los pobres.

XLII. »Para poner á cubierto del peligro la castidad de las doncellas pobres, les procuraba el dote mas considerable que podia. Recibia en su casa á los peregrinos y religiosos con una cordialidad fraternal.

XLIII. »Su mano estaba abierta siempre á las necesidades de los indigentes, con tanta abundancia que, habiendo estado todo el país afligido por un hambre cruel, no despidió nunca á ningun pobre sin darle limosna; y ha-

cia distribuir cierta cantidad de trigo á cada una de las familias que padecian necesidad. Su beneficencia era tan grande, que habiendo encontrado á un pobre sordo-mudo desprovisto de todo socorro, no solo le procuró todo lo necesario para la vida temporal, sino que le recogió en su casa, donde se encargó él mismo de su educacion, y logró (tan ingeniosa es la caridad) hacerle comprender con señas y gestos las verdades de la salvacion. En fin, su caridad ha sido tan ardiente, y ha sabido emplear tan utilmente el ministerio de las demas virtudes, que se asegura que sometió á la fe católica hasta setenta mil herejes.

XLIV. »Esta misma caridad ha producido de su fondo inagotable, libros cuyas saludables instrucciones han regado con sus aguas fecundas los corazones de los hombres de todos los estados, y han producido una cosecha abundante de vida evangélica.

XLV. »De la prudencia profunda que acompañaba á esta misma caridad, han emanado las leyes de tantas congregaciones que ha instituido, como son: la del Santísimo Sacramento, de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen, de los ermitaños del monte Voiron, y sobre todo de la Orden de la Visitacion de Santa María. Esta orden, que está bajo la regla de San Agustin, ha esparcido tan viva luz, que en el espacio de poco tiempo se ha propagado hasta el número de mas de ciento treinta monasterios.

XLVI. »Finalmente, los agujones continuos de la misma caridad, instaban dia y noche el corazon de este celoso pastor á procurar con todas sus fuerzas el bien de su diócesis.

XLVII. »Estaba ocupado en la visita de su diócesis y en camino para volver á Annecy, cuando despues de haber celebrado la santa Misa en Lyon, fué atacado de una violenta apoplejía; recibió los sacramentos de la Iglesia con la piedad y la humildad mas edificantes; hizo su profesion de fe, repitiendo á menudo estas palabras: *No soy mas que un siervo inútil: que se haga la voluntad de Dios y no la mia. ¡Oh, mi Dios y mi todo!* Al dia siguiente, fiesta de los

santos Inocentes, cuando rezaban las Letanías y llegaron al verso: *Santos Inocentes, rogad por él*, entregó su inocente alma á Dios, el año de gracia 1622 y á los cincuenta y cinco años de su edad.

XLVIII. »Ademas plugo al Altísimo, que es admirable en sus santos, glorificar no solo con la veneracion y el culto de los pueblos á un hombre de tan elevada santidad, sino tambien por un gran número de prodigios y milagros, de suerte que este caritativo pastor, tan útil á los hombres durante su vida, ha continuado haciéndoles despues de su muerte importantes servicios. He aquí algunos de los milagros que han sido averiguados por informaciones públicas, hechas por nuestra autoridad y por la de la sagrada Congregacion, y examinados con el mayor cuidado.

XLIX. »Jerónimo Genin se habia ahogado, y se iba á llevar á enterrar su cadáver, cubierto con un lienzo y exhalando ya un olor fétido, cuando de repente resucitó, movió los brazos, y levantó la voz para publicar las alabanzas de Francisco, asegurando que en el momento de su resurreccion se le habia aparecido, revestido de sus ornamentos pontificales, con un rostro radiante y lleno de bondad. Esta resurreccion fué acompañada de otras circunstancias no menos milagrosas.

L. »Claudio Marmot, de edad de siete años, ciego de nacimiento, enteramente privado del órgano de la vista, habiendo venido á postrarse al sepulcro del siervo de Dios obtuvo, despues de haber terminado una novena de oraciones, el uso de la vista.

LI. »Juana Petronila Evraz, de edad de cinco años, estaba paralítica, teniendo sus piernas y muslos reducidos á tal grado de delgadez, que se la consideraba incapaz de poder hacer nunca ningun movimiento; pero á la hora misma que su padre oraba por ella en el sepulcro de San Francisco, se encontró de repente curada y corrió á los brazos de su madre.

LII. »Claudio Julliard, de edad de diez años, estaba enfermo de una parálisis con la que habia nacido, y que

le habia quitado el uso de sus miembros. Su madre le llevó tres veces al sepulcro de San Francisco para que lo besara, á la tercera vez sintió que de repente la fuerza y el vigor animaban sus miembros, que hasta entonces habian estado sin movimiento; se levantó, se mantuvo en pié y anduvo con firmeza.

LIII. »Francisco de la Pesse habia caido en un rio donde se habia ahogado. No solo resucitó, sino que, por otro milagro, las heridas, la hinchazon y las demás señales deformes que tenia á consecuencia de este accidente, desaparecieron.

LIV. »Jacobo Fuegdin, que estaba completamente baldado desde su nacimiento y tenia todos los nervios contraidos, fué de repente curado.

LV. »Cárlos Motecon, que estaba tambien baldado desde su nacimiento, y cuyo cuerpo presentaba un aspecto horrible y deforme, fué súbitamente curado; tomó la forma humana en toda su perfeccion y anduvo con facilidad.

LVI y LVII. »Por lo cual, para tributar á una santidad de vida tan resplandeciente los honores que merece, y para corresponder á los ruegos que á Nos nos han hecho nuestros amadísimos hijos en Jesucristo, Luis rey de Francia; la reina Ana su madre, viuda; la reina de Inglaterra María Enriqueta; nuestros amados hijos los nobles Cárlos Manuel, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, Cristina su madre, viuda, duquesa de Saboya; Francisco Mario, duque de Baviera, y la duquesa Adelaida su esposa, y tambien el clero de Francia, los príncipes y señores del mismo reino, y toda la orden de las religiosas de la Visitacion de Santa María; despues de haber celebrado públicamente en la santa basílica del príncipe de los apóstoles, el 28 de diciembre de 1661, la beatificacion del mismo Francisco de Sales, terminado el sacrificio de la Misa, Nos dimos nuestro consentimiento para que se procediera á la canonizacion. En fin, cuando ya no faltaba nada de las formalidades que se requieren para una ceremonia tan santa de lo que prescriben las reglas de nuestros santos

Padres, los decretos de los sagrados cánones, la antigua costumbre de la Iglesia romana y las ordenanzas de los nuevos decretos, Nos hemos considerado que era un deber de justicia rendir en la tierra un culto de alabanza y veneracion al que Dios colma de honores en el cielo.

LVIII y LIX. »Por esto Nos y los Cardenales de la santa Iglesia romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos nuestros amados hijos, prelados de la corte de Roma, nuestros oficiales y demas personas de nuestro séquito, el clero secular y regular de la misma ciudad, y una grande afluencia de pueblo, habiéndonos dirigido solemnemente á la santa Basilica del Vaticano, tres demandas nos han sido hechas por el mismo decreto de canonizacion, en nombre del rey cristianísimo, por nuestro muy amado hijo el noble Cárlos, Duque de Crequy, su embajador cerca de Nos. Habiendo entonces implorado la gracia del Espíritu Santo con himnos, letanías y otras oraciones, obrando en honor de la santísima é indivisible Trinidad, por la exaltacion de la fe católica y el aumento de la religion cristiana, en virtud de la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de la de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y de la nuestra, despues de una madura deliberacion y de frecuentes oraciones para implorar la asistencia divina, oido el consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia romana, de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos que están actualmente en Roma, hemos decretado y definido que el bienaventurado Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, es santo, y Nos le hemos inscrito, como por estas presentes Nos le inscribimos, en el catálogo de los santos; mandando que todos los años, el 29 de enero, se haga en la Iglesia universal, con piedad y devocion, memoria de él como de un Confesor Pontífice. *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

LX. »Y por la misma autoridad, Nos hemos concedido á todos los fieles de uno y otro sexo, verdaderamente contritos y confesados, que cada año, en el dicho dia 29 de enero, visitasen el sepulcro donde reposa su cuerpo, siete

años y otras tantas cuarentenas de indulgencia, dispensándoselas misericordiosamente en el nombre del Señor, y en la forma que se usa en la Iglesia, por el mismo tiempo de penitencia que les hubiese sido impuesta, á que estuvieran obligados de cualquier manera que fuese.

LXI. »Despues de eso, para alabar y dar gracias á la infinita bondad y á la suprema majestad de Dios por haber querido servirse de nuestro ministerio, para tributar á Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, el culto, los elogios y los honores que la Iglesia acostumbra tributar á los santos confesores pontífices, Nos hemos cantado el *Te Deum*; luego hemos rezado la oracion en el altar de San Pedro, y hemos celebrado, segun la costumbre, una Misa solemne del segundo domingo despues de Pascua, añadiendo una segunda oracion, que ha sido la propia de San Francisco de Sales, con la secreta y la postcomunión del comun de los confesores pontífices; y Nos hemos concedido á todos los fieles presentes á la ceremonia, la indulgencia plenaria y remision de todos los pecados.

LXII. »Que Dios, que es admirable en sus santos, sea bendito porque hemos recibido su misericordia en medio de su templo por el don que ha hecho á su Iglesia de un protector y un intercesor nuevo para con su Majestad, para la tranquilidad de la misma Iglesia, aumento de la fe católica, para la instruccion y conversion de los herejes, que están errantes fuera del camino de la salvacion.

LXIII. »Por lo demas, como sería difícil que el original de la presente bula pudiera ser llevado á todas partes donde fuera necesario, Nos queremos que á las copias, aun impresas, revestidas de la firma de un notario público, y provistas del sello de alguna persona constituida en dignidad, se preste la misma fe en todas partes que la que se da al original, si fuera producido ó presentado.

LXIV. »Que no sea permitido á nadie infringir este acto de decreto, de definicion, inscripcion, ordenanza, estatuto, concesion, largueza y declaracion de nuestra voluntad, y que nadie sea tan temerario que se atreva á contravenir

á ello. Si alguno tuviera la audacia de cometer semejante atentado, sepa que incurrirá en la indignacion de Dios omnipotente, y de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

»Dado en Roma, en San Pedro, el año de la Encarnacion de nuestro Señor 1665, 13.º dia antes de las calendas de mayo (19 de abril), el 11.º de nuestro pontificado.—Firmado en el original, *Alejandro*, Obispo de la Iglesia católica.»

Roma celebró esta canonizacion con una magnificencia extraordinaria, digna de la alta veneracion de Alejandro VII á San Francisco de Sales. Ancecy y la mayor parte de las ciudades de Francia rivalizaron con la ciudad santa, estando el nombre de San Francisco de Sales lo mismo en las bocas que en todos los corazones; y numerosos milagros de conversiones notables fueron la recompensa de un culto religioso tan fervoroso. El lector querrá asociarse sin duda á este impulso general de nuestros padres en la fe, y rogar á su vez al santo Obispo de Ginebra. Le ofrecemos con esta intencion, al terminar nuestra tarea, la oracion mas útil y mas bella que puede dirigirse á San Francisco de Sales, pues es un piadoso resúmen de toda esta historia, bajo una de las formas mas usadas en la Iglesia, cual es la de Letanías.

LETANIA

EN HONOR

DE S. FRANCISCO DE SALES.

Señor, tened piedad de nosotros.
 Señor, tened piedad de nosotros.
 Jesucristo, oídnos.
 Jesucristo, escuchadnos.
 Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
 Dios Hijo Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.
 Dios Espíritu Santo, tened piedad de nosotros.
 Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.
 Santa María, concebida sin pecado, rogad por nosotros.
 San Francisco de Sales, que amásteis tanto á María y recobrasteis al pie de sus altares la paz y la esperanza,
 Vos, que fuisteis tan celoso del culto de esta santa Madre de Dios,
 Vos, que calmásteis con la unción de la dulzura un natural impaciente y colérico,
 Vos, que estábais dispuesto á arrancar de vuestro corazón la menor fibra que no estuviera penetrada del amor de Dios,
 Vos, que en medio de las injurias estábais siempre tranquilo, lleno de dulzura y bondad,
 Vos, cuyo caracter siempre igual, semejante á sí mismo, no se desmintió nunca,
 Vos, que supísteis sufrir todo de todo el mundo, y no hicísteis nunca sufrir á nadie,
 Vos, cuyo interior estaba tan tranquilo, tan recogido y tan unido á Dios.
 Vos, cuyo exterior tan bueno, tan afable y á la vez

Ruega por nosotros.